

OJEADA HISTORICO-CRITICA DE LA
LITERATURA COLOMBIANA

— XX —

Ese entusiasmo, que para muchos tenía que ser irreflexivo, produjo desbordes de carácter político. Solo así se comprende y pueden fijarse mejor los ataques que sufrió el Libertador de los mismos pueblos que él había levantado de la postración más humillante.

Y Bolívar había sido para los pueblos emblema de libertad, como lo fue de épica inspiración. Tan extraordinario fue su influjo y el valor solo de su nombre, en los primeros años de lucha por establecer un gobierno propio, que ya de ello hoy no se puede ni dar idea a las generaciones presentes, las que, aleccionadas en la escuela del egoísmo, pesan todos los actos en la balanza del ciego interés personal. Pero si los oídos del público han de permanecer cerrados a la popularidad de aquel genio, capaces si son de apreciar el encono y malquerencia con que luego se pretendía borrar hasta el nombre mismo de Bolívar de la memoria de los cundinamarqueses.

Mucho se escribió en loor del heroico caudillo y mucho también en contra suya.

En Bogotá se publicó en 1827 el periódico político *El Registro*, el cual, pretendiendo contrariar la extraordinaria influencia y predominio del Libertador, le hacía guerra sin cuartel. Júzguese por la siguiente muestra en verso tomada de aquellas páginas:

*Juntos los corazones y las manos,
Al Dios eterno hacemos juramento,
Por el mar, y por la tierra y firmamento,
Como aquellos héroes espartanos,
En Colombia jamás habrá tiranos;
Ni admitiremos nunca sus cadenas,
Mientras el Océano produzca arenas;
Mientras las plantas alimente el suelo,
Mientras los astros giren por el cielo,
Mientras circule sangre en nuestras venas.*

Julio Arboleda, el famoso caudillo, era hijo de la altiva y orgullosa Popayán, en donde la atmósfera eléctrica que circunda el ancho y verde valle que sirve de asiento a esa ciudad, cuna de insignes varones, es fama que torna los caracteres belicosos. Arboleda era un espíritu cuya educación y temperamento estaban modelados en la forma de vida guerrera de los próceres; impetuoso, ajeno a toda extraña influencia, sus cantos son gritos de varonil independencia que corresponden muy bien con la índole genuina de nuestras primeras manifestaciones literarias. El poeta guerrero publicó en su ciudad natal, en la imprenta de la Universidad, el año de 1851, una arenga en verso dirigida al Congreso Granadino, que rompe así:

*Doquiera se reúnen mis nobles compatriotas,
Doquiera bulle el genio ardiente de Granada,
La libertad germina, la libertad amada,
Que en mil combates fieros supimos conquistar.*

— XXI —

Don Tomás Ramírez, comerciante bogotano muy aficionado al juego, en el cual la fortuna se le mostró propicia, era dueño de un capital considerable ganado sobre el tapete verde, y se propuso edificar un teatro en Santafé, que no desmereciese en mucho del De La Cruz, de Madrid. Esto pasaba en el año de 1792, y el Arzobispo, D. Jaime Martínez Compañón, se opuso de todas veras a la proyectada idea del coliseo, llegando en su empeño hasta ofrecerle a Ramírez que le daría de contado la suma de cuarenta mil pesos si desistía de tan loco y temerario empeño. Pero el otro ya estaba encaprichado en su proyecto y no quiso desistir, antes dio comienzo a la edificación el 20 de agosto del mismo año apuntado, logrando que para el mes de enero del siguiente, aún sin estar concluido el edificio se diesen las primeras funciones. Las tragedias fueron las llamadas a formar el gusto del público, y en los patéticos asuntos de muchas de ellas debió de erigirse ese apego a la libertad que desde largos años atrás viene siendo el sello distintivo del carácter bogotano.

Pasada la guerra de Independencia, esos acentos debían tener un tono de mayor precio y resonancia. El año de 1819 el General Francisco de Paula Santander exitó a su amigo José Domingo Roche a que cumpliera una tragedia sobre la Pola. Se acordó de que en el Colegio habían sido condiscípulos, y de que Roche era desde entonces afecto a pulsar la lira.

Roche vino en ello y calcó su obra en el formato de las tragedias antiguas. Escribió una pieza en cinco actos, en verso, que él llama "sacada de su verídico suceso", y en la que figuran como partes principales: Pola, Arcos Arellano, Sabaráin, Díaz, y Delgado, militar. El primero y segundo acto pasan en la casa de Pola: tercero y cuarto, en el Colegio de San Bartolomé, y el quinto en la Huerta de Jaime (hoy Plaza de los Mártires).

Este asunto de Pola y su trágica muerte no interesan sino por el hecho mismo. Hay tal grandeza y majestad en esta noble hija del pueblo, se impone ella a la admiración de modo tan elocuente que el recuerdo de

su gloria y de su sacrificio, nos acompaña de por vida. Pola ha sido cantada por los más egregios poetas sudamericanos. El General Mitre, en la Argentina; Heraclio Martín Guardia y Eduardo Calcaño, en Venezuela, han llevado a la escena a la apuesta y gallarda heroína. Entre nosotros, después de Domingo Roche, mérito que despierta la curiosidad del lector, transcribimos la penúltima escena de la obra, cuyos verídicos acentos son dignos de alabanza:

Delgado, Teniente 1º de Granaderos del Batallón de Numancia, afecto a los españoles y Pola.

Del.

*Dispénsame, señora, ya es forzoso,
Tu sola faltas ya, que no te ofenda,
Quien su obligación cumple, y en el caso
Que lo perdones, con dolor, te ruega.*

POLA.

*Sí, te perdono a tí, perdono a todos
Porque mi corazón solo detesta
La injusticia, el error, la tiranía
Con que habeis oprimido aquesta tierra;*

(dirigiéndose a Leal)

*Y tú, español servil, ve, dile a tu amo
Que una triste mujer aquí lo espera,
Que si tuvo el placer de sentenciarme
Venga a verme morir; si le deleita
Vertir sangre inocente, que camine
A alegrarse de ver correr la nuestra;
Aligerad el paso sanguinarios,
Soldados de Numancia ¡Qué vergüenza!
Atar a una mujer y conducirla
Encerrada entre tantas bayonetas
Porque quiso ser libre! ¡Qué otra cosa
Hizo aquella ciudad llamada Excelsa
De quién tomáis el nombre? Entre las llamas
Ella se sepultó, pero hoy se veda
Emitir esta acción esclarecida
Bajo la horrible y espantosa pena
De morir al momento quien la imite.
Contemplad la injusticia, pueblos, vedla
Ya advierto me señalan el camino
¡Oh! Con cuanto placer sigo la senda
De mis antecesoras, aunque vaya
Del olvido a la manción eterna.
Adiós, ilustre pueblo granadino,
Adiós, ciudad amada, patria bella,
Atended a vuestra hija que este día
El nombre bogotano desempeña
Porque muere abatiendo a los tiranos,
Y a morir con valor al hombre enseña.*

Además del nombre de Domingo Roche cabe señalar el de tres o cuatro más que con vacilantes pasos invadieron la escena a principios de este siglo. José María Salazar, quien, como tantos otros, produjo himnos en prosa y en verso en loor de la independencia y de sus héroes, ensayó su pluma en la composición de los monólogos, *El Soliloquio de Eneas* y *El Sacrificio de Idomeneo*, que se dicen fueron representados en el Teatro de Bogotá, y de lo cual apenas hay memoria. El celebrado D. José Fernández Madrid vio subir varias veces a la escena sus tragedias *Atala* y *Guatimoc* o *Guatimocin*. De esta última hizo una esmerada edición en París, en 1827, y la dedicó a Bolívar en términos de muy expresiva admiración. Vargas Tejada, el ardoroso joven que sucumbió víctima de su amor a la libertad, pretendió encontrar en el molde poético y en la ficción de Apolo acentos bastante fuertes e intencionados que ayudasen a desmoronar la autoridad y el prestigio del inmortal Bolívar.

Hacia 1828 escribió dos monólogos: *Catón en Utica* y *La Muerte de Pausanias*. Uno y otro se representaron y fueron publicados. El segundo se imprimió en la Imprenta de N. Lora, el año de 1831, y luego fue reproducido en la *Semana Literaria de El Símbolo*. *La Muerte de Pausanias*, nos parece de la más valiente entonación. Comienza así:

*¡Cielos! ¡Qué escucho? El hijo idolatrado
Que de gloria y de orgullo me llenaba,
Destrozando en los campos de Platea
Las huestes invasoras de la Patria;
Cubriéndome hoy de afrenta y de ignominia
En ambicioso y en traidor se cambia!
No hay duda, no. De su perfidia impía,
Son las pruebas tan fuertes como claras,
Y a disculparle el maternal afecto
En mi afligido corazón no alcanza*

Cinco o seis años después de la muerte de Vargas Tejada se estrenó en el Teatro de Bogotá, por una compañía de aficionados, que era la que en aquella época rendía culto a Tala, la tragedia del autor de las *Convulsiones*, titulada *Doraminta*; no agradó al público. Igual o peor suerte tuvo *La Pirámide de Fabio*, interpretada pocos días después. Esta tragedia es de la pluma de un cartagenero muy dado a las bellas letras, José Manuel Royo, quien vivió largos años consagrado, con provecho, a la enseñanza de la juventud. Del mismo autor son las obras tituladas *Eudoro Cleón*, *El Médico Pedante*, *El Doncel*, *El Cristiano Errante*, *El Romántico* y *Balboa*, o *el Descubridor del Istmo*.

Con la poesía y la gramática antigua sucede algo parecido a lo que acontece en relación a los trajes viejos: por vistosos que sean, se hacen a un lado después de apreciar con un solo golpe de vista el corte particular que tienen y los ricos pero empolvados alamares con que están recamados. Tarea algo más que ingrata sería la de esforzarnos por penetrar en el argumento y verdadera expresión estética de piezas del todo pasadas de moda. Bastará observar que en esto los gustos son tan exigentes, que en el día aún las mismas obras gramáticas del popularísimo Figaro, tales como la comedia *No más mostrador* y el sentimental melo-

drama *Roberto Dillón*, no son pan de todos los paladares. Hay un eolo particular que sopla incesantemente sobre todas las cabezas, produciendo antojadizos gustos y cambiando en frases frías, desatinadas o de una dulzura empalagosa, las que enantes sonaban a nuestros oídos con un ritmo de música celestial. Por esto no debe sorprendernos que obras que fueron en su época acogidas con agrado y las que quizá lograron despertar en el público un entusiasmo sincero al cabo de los años no resisten ni siquiera una simple lectura de *Amateur*.

Las producciones de Royo debieron de lograr relativa boga, cuando el autor las coleccionó y dio a la estampa en Cartagena en dos volúmenes, en 1838, en aquellos tiempos en que no era de uso diario el ocupar las prensas y cuando los autores temían mucho el juicio del público sobre sus obras, puesto que de ordinario, no confiados en sus propias fuerzas, buscaban el consejo y dictamen de los amigos, sin lo cual no se arriesgaban a darlas a la publicidad. Hoy vemos que sucede todo lo contrario y que cualquiera improvisa un libro. De algo han de valer la moda y, sin duda, la mayor y más general cultura.

Como es de suponerse que algunos quieran satisfacer la curiosidad de saber algo más sobre el dramaturgo cartagenero, en seguida encontrarán los lectores la introducción que escribió para sus obras dramáticas.

“Bien se que es demasiado atrevimiento molestar la atención pública con varios y mezquinos conceptos, hijos precisamente de una imaginación estéril, cual confieso ser la mía. Mas no seré yo el primero en probar la bondad y la prudencia de mis conciudadanos si se me concede la gracia de dispensar tan tremendo arrojito. ¡Ojalá estas toscas producciones formen el primer eslabón de una cadena cuyo término pueda ofrecerse al mundo como el colmo de la perfección... Entonces habré conseguido mi objeto. No soy tan presumido que aspire... que, a la celebridad!... ni aún al simple título de compositor mediano; pero me cabe la satisfacción de haber descorrido el velo, ante el cual han flaqueado por tanto tiempo las fuerzas de muchos hombres de talento. Dígase, en buena hora, “la ignorancia es atrevida”, y traen las plumas cartageneras mejores obras que las mías; “que yo entretanto diré para mí: *ya comienzan a realizarse mis intentos*”.

La primera escena de *El Médico Pedante*, comedia del mismo Royo, comienza de esta manera:

Don Mauro:

*¡Ah! es cosa de reventar
Y hasta de morder la tierra!...
Verse un hombre de mi rango,
Un bachiller de mis prendas,
Hecho el juguete de Venus?...
Ay! amor... maldito seas!...
Desde el ventriculo izquierdo
A la aurícula derecha,
Tengo el corazón llagado...
Ya mi cerebro se aqueja*

*Y el trisplánico también...
Ahora querrá la jaqueca
¿Complicarse de gastritis?
No hay duda, todas las penas
Se conspiran contra mí!...
Y que la ingrata Desclia
Se complazca en mi tormento
Aspirando a que me vea rabiando
De amor y celos?...*

Eudoro Cleón, drama sentimental, en cinco actos y en prosa, fue representado por primera vez en el Teatro de Cartagena el 20 de mayo de 1838, por la Compañía Dramática Española del señor Pedro Iglesias. Igualmente lo fueron en el mismo Teatro las demás producciones dramáticas de Royo. La escena de *Eudoro Cleón* pasa en Madrid, y el lenguaje es bastante natural y adecuado a las tablas.

El ínclito Rafael Núñez, cuya gestación intelectual era lenta, pero comparable por su fuerza y vigor a esos grandes yacimientos que produce la naturaleza y que la industria explota, enriqueciéndose, anunció, por medio del *Semanario de Cartagena*, en 1847, una colección de poesías que pensaba publicar, incluyendo un poema nominado *Los Cruzados* y una comedia en un acto titulada *Las Caricaturas*.

— XXII —

Referimos cómo la construcción del Teatro se debió a don Tomás Ramírez. El edificio lo designaban los bogotanos, hasta hace unos veinte años, con el nombre de El Coliseo. Poseía un escenario muy vasto, en el que cabía cuanto se quisiera poner y en el que las bambalinas se movían con increíble facilidad, y magníficas condiciones acústicas, de modo que llenaba perfectamente su objeto. Los espectadores no tenían que estar buscando ventajosos puntos de vista, porque la herradura de la sala era perfecta y de cualquier punto se dominaba el escenario. En cambio, la techumbre la formaban unas enormes vigas mal cubiertas con lienzo, que, dañado con el agua de las goteras, presentaba partes rotas de feísimo aspecto a la vista; los palcos estaban defendidos a una altura de un metro, por barandas de adobe, que no dejaban ver sino el busto de las señoras, y la araña del centro fue por muchos años una armazón cuasi monumental de madera y chusque, en la que ardía un centenar de nauseabundas velas de sebo. El patio, que así se denominaba la platea, apenas tenía escaños durísimos de madera hasta la mitad de la sala; el resto quedaba a disposición de las sirvientas que llevaban sus amos con el farol que debía encenderse a la salida, y que era indispensable para poder atravesar el caño o acequia, las noches de lluvia.

Sábese que desde 1793 comenzaron a darse funciones, pero es de suponerse que estas debían ser muy de tarde en tarde, si bien al principio hubieron de ser más frecuentes, en gracia de la novedad y del entusiasmo. En 1835 llegó a la ciudad andina con una compañía regularmente organizada el español don Francisco Villalba, quien, después de trabajar con

bastante éxito durante casi dos años, se ausentó y volvió otra vez en 1848, quedándose luego definitivamente en este país, en donde se casó y fue director de la Biblioteca Nacional, por nombramiento que le hizo para servir ese puesto el General Mosquera.

La sociedad artística de Villalba, que así se anunciaba en los programas, no solo era de verso, como hoy se dice, sino también lírica, y por esto llamó mucho la atención del público, el cual comenzó a prestar interés sostenido a las representaciones. Para cada función anunciaban la obertura, la pieza principal, unas tonadillas o canción patriótica y el sainete o petipieza. También se bailaba *La Cachucha* o *La Jota aragonesa*, o alguna otra de moda, por la bailarina de la compañía, Rosa de Posse, que gustó mucho. Como actriz se atrajo las simpatías y los aplausos la señora María López. La tonadilla favorita que duró de moda muchísimos años fue la de *Tripile-Trápala*.

Las seis primeras obras puestas en escena por esa compañía fueron: *Otelo*, *A la vejez viruelas*, *El Califa de Bagdad*, *Los hijos de Edipo*, *Los dos Valdomiros*, *Las tres Sultanas*. Luego dieron *Los dos hermanos maniáticos*, o *la sabia viuda Fulgencia*, *Felipe 2º de España*, o *el diablo del mediodía*, *Corá*, o *la sacerdotisa del templo del sol*, *La Mujer firme* o *lo cierto por lo dudoso*, *La venida del soldado*, etc., etc.

La misma compañía estrenó la ópera de Rossini *El Barbero de Sevilla*, la noche del 10 de enero de 1836, después de dos meses de ensayos.

El libreto italiano, que sirvió para la representación, fue traducido por el doctor Pedro Herrera.

En el mismo año subieron a la escena las piezas: *Tristes resultados del fanatismo*, *Intrigas de cortesanos*, *Doria y Ficsque*, o *guerras civiles de Génova*, *La Dama Sutil*, *El hombre reconocido al beneficio*, o *el reconocimiento*, y la ópera de Rossini, la *Italiana en Argel*, cantada por primera vez en la noche del 16 de febrero.

Villalba se dio trazas de estrenar en Bogotá, el primero de noviembre de 1836, una pieza cómica ensaladilla titulada *Los orejones ensayando una comedia para las fiestas de Villeta*, que suponemos sería parto de algún ingenio criollo, y que fue rechazada por el público. Un periódico de la época la calificó de "farsa impropia y grosera". También exhibió Villalba, el 24 de junio de 1836, la comedia traducida del francés por Lorenzo María Lleras, titulada *Nacimiento, fortuna y mérito o la prueba electoral*.

En 1838 trabajaron unidas, dos compañías, las de los señores Martínez y Torres.

Torres debió de continuar con algunos otros artistas ocupando el teatro, porque en un periódico de 1840 encontramos la noticia de haberse ausentado de la capital, el 2 de agosto del dicho año.

En abril de 1841 tratose de organizar una compañía, dirigida por el actor José Ferrer, contando con el actor Gallardo, que había trabajado el año anterior; su esposa, un señor Pardo, y los artistas Cecilia Baranis, primera dama, y el joven José Basa Cáceres.

En 1845 ocupó el teatro la compañía del distinguido y genial actor Juan José Auza. Una de las obras que dicha compañía ejecutó con mejor éxito fue la titulada *El Campanero de San Pablo*, drama de Bouchardy, en el que sobresalió el mismo señor Auza.

En abril de 1846 se presentó la Compañía de Fournier, que duró representando hasta 1849; componíanla Fournier, José Belaval, Dolores Alegre de Belaval (a quien encomió en verso el doctor José María Samper), Emilio Segura, N. González, María Aderli de González; y como bailarina la señorita Francisca Casanova. Esta compañía llevó a la escena el drama *Miguel de Cervantes*, de Caicedo Rojas. Los actores alcanzaron mucha boga y resonancia.

En 1848 gozó de fama, como actor de mérito, José María Peix. En el mismo año se representó la pieza *Al fin triunfa la virtud*, a beneficio del señor Atanasio Bello. Don Juanuario Triana escribió un artículo en *El Día*, censurando esta obra por inmoral.

La primera vez que vino Villalba con su *troupe*, actuaba una compañía de aficionados dirigida por un señor Romualdo Díaz, y éste representó la noche del 25 de julio de 1835 la tragedia compuesta por Manuel María Madiedo con el título de *Lucrecia, o Roma libre*. Curioso es saber en qué términos un *Aficionado al Teatro* dio cuenta al público, en el periódico *El Constitucional de Cundinamarca*, de aquella función: "por último, señores editores, diré a ustedes que anoche vi una tragedia de aficionados, titulada *Lucrecia o Roma libre*. Los jóvenes que la representaron están adornados de talentos y buenas disposiciones, y si hubieran tenido más ensayos, habrían hecho algo más en favor del autor, siendo verdad que la composición de este tampoco brindaba a aquellos campo para lucir. Sin embargo, sus elegantes y costosos vestidos, su laudable afición y el naciente talento del compositor de 19 años, exigen que se tenga indulgencia con el uno y con los otros".

El Coliseo fue ya desde el principio de su erección grande elemento de cultura intelectual para la sociedad bogotana. Las generaciones literarias que se han sucedido han encontrado en las representaciones escénicas incentivo a sus gustos y modo de apreciar los adelantos en literatura que marca el lenguaje y la ficción poética. Tan útil ha sido la existencia del teatro entre nosotros, que los extranjeros notables en letras que nos han visitado, han querido tomar cartas en esa tarea de impulsar los candorosos móviles de un pueblo falto de iniciativa, pero dócil a los ejemplos y dispuesto a asimilarse las ideas y luces que hayan de engrandecerlo. Emilio Segura, actor y autor español de claro ingenio, concibió un poema dramático romántico para inmortalizar la memoria de un héroe por la lucha de la independencia, de Antonio Ricaurte. Su obra fue estrepitosamente aplaudida y perdura como una de las inspiradas páginas de la literatura dramática colombiana. Recuérdense también las producciones de Manuel Castell, José María Gutiérrez Alba y Vicente Micolao y Sierra. Que el teatro sirvió de escuela literaria en tiempos en que se carecía de medios eficaces para desarrollar el espíritu en las regiones intelectuales, lo comprueba el hecho de haber figurado en la lista de los aficionados, que en él han trabajado jóvenes que más tarde han sobresalido en el

campo de las letras y en el de la política. Don José Caicedo Rojas nos cuenta en su obra *Recuerdos y Apuntamientos* (cartas misceláneas), que en las fiestas públicas de 1830, con motivo de la elección de don Joaquín Mosquera para Presidente de la República, tomaron parte en las representaciones Telésforo Sánchez Rendón, que más tarde debía unirse a la escritora y poetisa doña Silveria; Mariano Becerra, José Belver, ambos institutores reputados, y el mismo señor Caicedo Rojas, quien no alcanzaba entonces a contar catorce años de edad.

Y el mismo autor citado nos hace saber que en 1834 representaron con igual carácter el conocido médico doctor Pedro Vera, don Venancio Ortiz, el doctor Angel María Céspedes y Juan Hinestrosa.

Los monólogos representables, a veces con algún coro y música, estuvieron en moda en los primeros años del siglo.

Aún se conservan en los empolvados estantes de algunos pocos aficionados *La Virgen del Sol, o la Sacerdotisa Peruana*, por Juan Francisco Ortiz, y el monólogo de Lucio, por F. F. R. (No hemos podido indagar a quién correspondan estas iniciales). Escrito en 1821 y dado a luz en 1826. Imprenta de Salazar, por Fernando Patria, calle de San Felipe, 1826, 19 páginas.

La Virgen del Sol comienza con un coro, música de Valentín Franco, y la escena se supone a las orillas de un río, cerca del templo del Cuzco; impresa por don José A. Cualla, en Bogotá, en 1830. El coro a que aludimos comienza así:

*Aligera tu paso
Virgen del sol hermosa
Y en esta selva umbrosa
Desplega tu dolor.*

*Se avecina al ocaso
El sol puro, brillante,
Y Mayobé tu amante,
Llegará con ardor.*

*Esta es la hora querida,
En que la sombra oscura,
Protege la ternura
De un puro corazón.*

*Al placer te convida
La calma silenciosa.
El mundo ya reposa
En su tribulación.*

*El cruel terrible brazo
Del Dios del mar airado
Sin duda ha reposado
Y reina aquí el amor.*

Don Juan Francisco Ortiz, quien más tarde debía figurar como satírico escritor de costumbres, escribió también y publicó, en 1831, una escena trágica representable, titulada *Córdoba*.

En una nota de ese opúsculo el autor dice: "Amé al General Bolívar en tanto que su espada defendió los derechos del pueblo: pero cuando, investido de facultades omnímodas, tomó por rumbo su capricho; cuando, arrojando la cívica corona, se quiso transformar en monarca; cuando, apoyado en su soldadesca, holló los fueros comunales; cuando la República alzó la voz manifestando sus fundados temores: Bolívar no fue para mí lo que antes era".

El mismo escritor publicó en Bogotá (Imprenta del Gobierno, por J. A. Cualla, año 1831) un folleto de 16 páginas, contenido de las siguientes composiciones en verso: *La Corona de Humo*, *La Revolución de Roma en 1831*, *Epístola*, al señor Lorenzo María Lleras; *A los soldados que perecieron en la jornada del 27 de agosto de 1830*, y dos epitafios, a la memoria de José María Córdoba y Pedro Celestino Azuero. Son poesías de tono vehemente; brote de exaltación patriótica en apoyo de la libertad. Allí apellida a Bolívar "atroz tirano", y en las notas explicativas del texto excusa, si no es que justifica, la conspiración del 25 de septiembre.

La tragedia *Zulma*, escrita por José Joaquín Ortiz Rojas, hermano de don Juan Francisco, y representada en Bogotá en la casa de un amigo del autor, la noche del 9 de junio de 1833, es una ficción poética sobre los sacrificios que los historiadores antiguos cuentan que hacían los indios de sangre humana. Acostumbraban estos depositar en una santuario un mancebo de 10 años, llamado Moja, hasta que cumplía los diez y seis, entonces lo sacaban para ofrendarlo a los Dioses, siempre que no hubiese tenido contacto con mujer alguna, porque en ese caso lo lanzaban del templo, como infame, pero quedaba libre de muerte por entonces. El autor dedicó este ensayo de su pluma en el género dramático, a su hermano: "injusticia sería, y vil ingratitud, dice, no dedicarte, querido hermano mío, la presente tragedia; a tí, que con tantos títulos la reclamas, pues has sido para mí maestro hermano y amigo. Bien fácil me sería poner al frente de ella los nombres pomposos de los Vice-Gerentes de nuestros pueblos, e inundar con una mano nada republicana las aras del poder; pero la naturaleza, la sangre, el amor y mis sentimientos me mandan otra cosa. Los sangres, adormecidos en la molicie, no mirarían con buen ojo este presente. Nos faltan Mecenas que, como en la antigua Roma, den lustre y esplendor a las letras; y por eso nuestro país no produce genios como el de Horacio y como el del suavísimo Mantuano. Las musas callan entre nosotros, porque la ignorancia y el fanatismo las persiguen; porque el poder las desprecia; y los pocos hombres que las aman las adoran en silencio; porque temen exponerse a la befa de un pueblo bárbaro que no conoce sus encantos, y que marcha porque así lo dispuso la naturaleza, como crecen los árboles en los desiertos, y como vagan las fieras en los montes.

Por esto es a tí, hermano mío, a quien dedico la presente tragedia. Recibe, pues, a *Zulma*, ceñida con su guirnalda de flores silvestres; y al leerla, piensa que su autor, cuando trazaba algunos de sus cuadros, se

acordaba de tus infortunios". Esta dedicatoria está fechada el 19 de noviembre de 1832.

En el mismo año en que Ortiz, el connotado apologista, del catolicismo, veía ejecutar su tragedia, se representó en el Coliseo una obra compuesta por Francisco Torres, con asunto tomado de la novela de Florián, y titulada *Gonzalo de Córdoba*.

El periódico El Neo-granadino, se expresó así, en su número 3, del 1º de diciembre de 1833:

"Tuvimos la satisfacción de ver representar el domingo pasado, la hermosa tragedia de *Gonzalo de Córdoba*, compuesta por un joven compatriota, que ciertamente halaga nuestra esperanza, y promete a esta querida patria el deseado reemplazo del ilustre e infortunado Vargas Tejada: nada diremos del juicioso enlace de pensamientos que forman la fisonomía de esta nueva tragedia, porque carecemos de las nociones suficientes que suelen prestar pábulo a la vanidad de los censores. Si la representación hubiera sido hecha en un teatro iluminado con más decoro, y no con aquellas insufribles y pestilenciales luces, ella había llenado con mayor satisfacción los descos del respetable público, que hizo con gusto el sacrificio del olfato a los hechizos de la composición lírica, y de la bella ejecución de la compañía de jóvenes aficionados al arte dramático. Rogamos, pues, al señor Juan Granados, empresario del Teatro, que en lo sucesivo el alumbrado sea más decente, es decir, con esperma, que está muy barata, y la numerosa concurrencia deja lo bastante para este pequeño gasto, y que por Dios no nos vuelva a aletargar con el olor tan desagradable que expelían sus inaguantables candiles".

El mismo Torres, a quien familiarmente llamaban sus amigos el verdadero Pacho Torres, para distinguirlo de otro del mismo nombre y apellido, firmó luego Francisco de Paula Torres.

Sabemos que hizo una segunda tentativa dramática con asunto de interés histórico, *El Conde Don Julián*, que suponemos se representó, pero que, lo mismo que la tragedia, quedó inédita.
